

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DICIEMBRE N.º 61 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION BARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publica en ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgamos oportuno para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

Prision de Boabdil, por F. F. V.—Jesús dormido en la Cruz, poesia, por Juan de Dios de la Rada y Delgado.—La Pendiente del Abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez. Seccion Doctrinal, por idem.

## PRISION DE BOABDIL.

### I.

En una de aquellas magníficas y magestuosas salas de la Alhambra de Granada, donde se ostentan con profusion los ricos esmaltes de oro y azul, sobre techumbres de cedro y paredes de mármoles y azulejos, se hallaba el rey Boabdil, acompañado de Morayma su esposa ó su esclava favorita. Sentado el monarca sobre blandos cojines de terciopelo, acariciaba blandamente la destrenzada cabellera, aún húmeda del baño, de su joven esposa, mientras que ésta sentada en la alfombra que cubria el blanco mármol del pavimento y medio reclinada en los almohadones que sostenian al monarca, le miraba con ojos apasionados. Habia una gran diferencia entre aquellas dos almas: Morayma satisfecha por haber fijado el inconsecuente carácter del rey, haciéndole amar la soledad y preferir su compa-

ñía al esplendor del trono, le amaba con todas sus facultades y con la exaltada ternura de una muger apasionada y agradecida; al paso que Boabdil, aunque satisfecho por su eleccion, todavía estaba pronto a sacrificarla por otra nueva belleza que consiguiese deslumbrarle. Entregado á su habitual indolencia, ya miraba á Morayma complacido, ya fijaba su vista en el bullicioso surtidor de agua fresca y cristalina que saltaba en medio de un pilon engastado en el suelo, ó ya en fin sus miradas se perdian en la vasta campiña que se divisaba al través de los jazmines que entapizaban las columnillas de las ventanas. Boabdil entonces, á principios de su reinado, gozaba todas las delicias de una felicidad doméstica y una opulencia nuevas para él; pero embriagado con su dicha no atendia á la tempestad que rugia á lo lejos, y olvidaba que podian tambien precipitarle del trono las mismas causas que habian precipitado á su padre Muley-Hassem. Al advenimiento de Boabdil al trono, el pueblo le aclamó con entusiasmo, porque cansado de las sangrientas y desgraciadas escursiones del viejo rey en tierra de cristianos, Boabdil era al parecer quien habia de restituir á sus armas el antiguo esplendor: más cuando aquel pueblo burlado en sus más lisongeras esperanzas, fué testigo de la inaccion del joven monarca, empezó sordamente á manifestar su descontento.



to. Luego que las recientes victorias de los reyes católicos acabaron de exasperar los ánimos, el descontento estalló al fin en tumulto, y el pueblo llevó sus quejas, vociferaciones é insultos hasta las mismas puertas del palacio, alterando el sosiego del monarca. Entonces fué cuando Boabdil, sorprendido y alarmado con tan confusa gritería, se levantó para inquirir la causa; pero se le estorbó la consternada Morayma que abrazada á sus rodillas le retenía, hallando no sé qué de siniestro en aquellas repetidas y descompuestas voces. En tal situación apareció en la puerta de la estancia, la varonil sultana Aixa *la horra*, la altanera madre de Boabdil, y permaneció en silencio contemplando á su hijo con cierta sonrisa de desprecio. Boabdil fué quien habló el primero.

—¿Señora, sabéis vos la causa de esas voces?

—Demasiado lo sé por desgracia, contestó Aixa; esas voces son las de tu pueblo: ese pueblo que no hace mucho tiempo me ayudó á colocarte en el trono, y que tal vez está ya arrepentido de su obra.

—No me admira su inconstancia. ¿Más que pretesto alegan para ello?

—¿Y tú me lo preguntas? pregúntaselo mas bien á esa inacción en que vives, á ese olvido de tus deberes. El pueblo de Granada no quiere un rey que se adormece en los placeres mientras la patria peligra, y tiene ocioso su alfange cuando las lanzas enemigas brillan en la vega. Si ha llegado lleno de sentimiento has á las puertas del palacio, es porque pide con justicia, que su rey se ponga á su cabeza para conducirle á los combates.

—Si es eso lo que desea mi pueblo, tranquilízalos señora, yo llenaré sus deseos. Aun le haré ver que sé presentarme en un campo de batalla y que soy digno de llevar el cetro de mis antepasados.

—Y qué? exclamó Morayma ¿no recelais ponerlos al frente de esa turba de esclavos y de esos orgullosos magnates que más de una vez se revelaron contra sus reyes?

Estas palabras empezaban á hacer su efecto en el ánimo débil del monarca, cuando Aixa exclamó llena de cólera.

—¿Es digno de la esposa de Boabdil, extinguir el entusiasmo y contrariar la noble energía de su esposo?

—Pero y si una lanza enemiga traspasase su corazón? replicó tímidamente Morayma.

—Moriría como rey, contestó Aixa.

—Teneis razon, madre mia, dijo Boabdil. Mañana al romper el alba todas las tropas de Granada, unidas á la brillante caballería de Aliatar,

alcaide de Loja, partirán contra los cristianos y Boabdil es el que irá á su frente. Que mi pueblo sepa esta noticia.

Salió Boabdil á dar sus órdenes y anunciar estas nuevas á la plebe, que inconstante de suyo, cambió su enojo en vivas y aplausos retirándose á los gritos de:

—Viva nuestro rey Boabdil: guerra á los cristianos: muerte á los enemigos del Profeta!

Alsiguiendole desfilaban por Vivarrambra las lucidas tribus moriscas con sus armas, divisas y colores. Boabdil que las pasaba revista parecía digno del puesto que ocupaba y era objeto de las miradas de todos sus vasallos; pero no en vano los astrólogos le habían impuesto el título *del malaventurado*. Al mismo tiempo de salir de Granada, el soberbio caballo que montaba se resistió á caminar y encabritándose furio o hizo pedazos la lanza de su señor contra la bóveda de la puerta. Este acontecimiento fué de mal agüero para el supersticioso pueblo, y aun produjo cierto abatimiento en el mismo Boabdil. Tampoco se ocultó á su madre y esposa, que seguidas de su comitiva, habían subido á una alta torre para verle partir. La desconsolada Morayma, temerosa de mayores males, prorrumpió en amargo llanto dejando caer el rostro sobre las manos.

—No llores, hija de Aliatar, exclamó Aixa cólerica, que así es como se conquistan y se sostienen los tronos.

## II.

Seria poco más de la media noche del 20 de abril del año de 1483, cuando el centinela de la alta torre del Homenaje del castillo de Baena, se paseaba con su arma al brazo, cantando á media voz uno de los romances más populares de la época. La noche estaba oscura y lluviosa, y al dirigir sus miradas el vigilante centinela á la vasta campiña que desde allí podía descubrirse, no alcanzaba á percibir los hondos valles ni las remotas colinas que envolvían las sombras de la noche; pero distinguió otra cosa que llamó en extremo su atención. Vio brillar impensadamente una llama en el remoto horizonte, la que fué aumentándose por grados con rojizo resplandor. No podía darse cuenta por la oscuridad, si aquello era un meteoro luminoso suspenso en los aires ó alguna hoguera agarrada á la cúspide de alguna montaña; pero de todos modos le pareció una cosa sobre natural y antes de dar la señal de alarma en el castillo, tomó el partido de despertar á uno de los camaradas que dormitaban allí tendidos sobre la plataforma de la torre. Dióle blandamente con el cuento de la lanza y levan-



tándose el otro refunfuñando, fué restregándose los ojos hacia el parapeto que circundaba la torre, para contemplar aquel fenómeno. La misma señal se iba ya repitiendo de montaña en montaña, y las hogueras se divisaban claramente hasta en los mismos cerros que hay entre Baena y Lucena.

—Que me maten, exclamó el soldado, si los moros no han entrado por la frontera y no van á jugarlos alguna buena pasada!

—Y que hemos de hacer? preguntó el otro más novel.

—Ahora verás tú lo que hay que hacer. ¡Buena es la que se vá á amar!

Y sin más razones fuese adonde estaba la campana de la torre, y asiendo el cordel con entrambas manos dió tan fuertes golpes que en un momento pusieron en conmoción todo el castillo. Felizmente se hallaba entonces en él, don Diego de Córdoba, conde de Cabra, tan prudente y experimentado en el consejo, como impávido é impetuoso en los combates. Este fué uno de los primeros que acudieron á saber la causa de aquel rumor, y subiendo á las almenas, así que fijó su vista en la campiña dijo:

—No hay duda: los moros han pasado la frontera y van á caer sobre alguna de nuestras plazas. ¡Ea, sus, pronto á las armas! Que todos cuantos hay en el castillo se preparen al combate, y que nuestros buenos vecinos de Baena y de Cabra se dispongan á ayudarnos en esta empresa.

Grande agitación empezó á reinar en el castillo. Por todas partes se veían cruzar luces y hombres cuyos precipitados pasos resonaban en las galerías. Unos ensillaban los caballos, otros preparaban las armas, y otros en fin, por mandato del conde, iban á poner en movimiento á son de trompetas á los vecinos de las dos villas.

Acostumbrados á los golpes de mano de la frontera enemiga, pasaron el resto de la noche haciendo sus preparativos sin sorpresa, y al romper el día vinieron á reunirse á las gentes del conde, formadas ya en la plaza de armas del castillo. Componían entre todos sobre mil hombres de infantería y doscientos cincuenta ginetes, todos bravos y aguerridos, á la mayor parte de los cuales conocía el conde personalmente, bastando una sola palabra suya para escitarlos al combate. Revistaba el conde su animosa hueste, cuando llegó á todo escape un mensajero de Lucena, y sin más dilación le dijo delante de los capitanes:

—Señor, Lucena se halla cercada en este momento por un fuerte ejército de moros mandado por el mismo rey Boabdil el Chico. Vuestro

señor don Diego Hernandez de Córdoba me envía á deciros, que con los escasos cuatrocientos hombres que tiene de guarnición no podrán resistir un ataque sério, si vos no le socorreis prontamente.

—Allá vamos, —dijo el conde por toda respuesta, y dando la señal de la partida, toda la tropa marchó en buen orden y con la posible diligencia hasta entrar en Lucena, donde fué recibida con extraordinario júbilo; particularmente del señor de la villa que corrió á los brazos de su tío.

Habíanse á la sazón retirado los moros de las inmediaciones de la plaza, renunciado al parecer á su ataque, ya para asolar toda la campiña de las cercanías, ya mas bien para observar las tropas que supieron venían á socorrerla. El señor de Lucena viendo asegurada la villa con la entrada de las tropas, daba por terminada la expedición, manteniéndose á la defensiva, para en caso necesario hacer una honrosa resistencia; pero su impetuoso tío no era del mismo dictamen, queriendo salir al instante en busca de los enemigos.

(Continuará.)

F. F. V.

## JESÚS DORMIDO EN LA CRUZ.

Entre nieves y entre rocas,  
que van hiriendo sus piés,  
un pobre niño camina  
de pura y rosada tez.

Brillan sus rubios cabellos.  
como sol que va á nacer.  
y entre sus rizos undosos  
rudas espinas se ven.

Su mirada de paloma.  
bendita mirada es,  
que inunda de luz el alma  
de quien la logra obtener.

Abrojos pizan sus plantas,  
abrojos punzan su sien,  
y con sonrisa del cielo  
bendice su padecer.

Bien soporta la fatiga  
aunque le abrume cruel,  
y tiene para los males  
las bendiciones del bien.

Al verle cruzar el mundo,  
sin poderlo comprender,



así preguntan al niño  
y así responde también.

—Dí, ¿quién te manda?

—El consuelo.

—¿Quién te dió sér?

—El amor.

—¿Qué vas buscando?

—El dolor.

—¿De donde vienes?

—Del cielo.

—¿Me admiras!

—Nada os asombre.

—¿Sé dichoso!

—¿Qué delirio!

—¿A qué aspiras?

—Al martirio.

—¿Tú al martirio!

—Por el hombre.

—Haye de tí.

—Yo le sigo.

—Te deja.

—No le abandono.

—Te rechaza.

—Le perdono.

—Te hará morir.

—Le bendigo.

—¿Y amas...?

—A la humanidad.

—¿Para qué?

—Para salvarla.

—¿Y tú pretendes?

—Guiarla.

—¿A dónde?

—A lá eternidad.

—Tú sufres...

—Por su delito.

—¿La ofensa fué grande?

—Inmensa.

—La expiación...?

—Como la ofensa.

—¿Y habrá perdon?

—Infinito

—No alcanzo...

—La fé da luz.

—Reposa.

—No estoy cansado

—¿Tienes lecho?

—Preparado

le tengo sobre una cruz.

Con esto siguió su marcha,  
y poco tiempo despues.

sobre una cruz reclinaba  
su puro cuerpo y su aien.

Lecho de dolor, que cuna  
de la vida eterna fué:

cruz de perdon en el Gólgota;  
cuna de gloria en Belen.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(Continuacion.)

Inútil seria explicar lo que pasó en el alma de Julio al ver á su madre de aquel modo.

El habia escuchado un momento antes, de boca de los soldados, que aque la infeliz iba á cumplir su condena en un presidio de mugeres, y que estaba sentenciada por robo, por abuso de confianza.

Y era su madre, su buena y santa madre, cuya vida habia sido un ejemplo constante de virtud y de pureza, de quien hablaban de aquel modo!

¡Oh! Julio sentía que la sangre le afluia del corazon á la cabeza, y creyó que iba a faltar luz á sus ojos y aire á su pecho para respirar.

Todo su pasado de faltas y de estravios, acudió á su imaginacion de un modo extraño, y sin saber por qué, sin darse cuenta de la causa, se creyó culpable de la desgracia de Mercedes.

Ella por su parte estaba tan desfallecida, tan anonadada, que no sabia sinorepetir con acento dolorido y amoroso.

—Hijo, hijo del alma!

Un sacudimiento nervioso ajitó el ser entero de Julio.

Era que el soldado encargado de la custodia de Mercedes se cansaba de estar allí espuesto á la lluvia y al frio, y la decia con rudo acento.

—Vamos, vamos adentro; ¡si pensará esta vieja que el dia está apropósito para detenerse á tomar el fresco!

—Pero qué dice V.? exclamó Julio levantándose como movido por un resorte; ¿sabe V. quien es esa muger? sabe V. á quien se dirige?

—Toma! á una presa, á una.....

—A mi madre! á mi madre de mi alma, dijo el joven con frenesí,

—Y qué importa? no por eso dejará de estar acusada de haber robado seis mil duros que habian confiado en depósito á su marido, dijo el sarjento que conducía los presos, acercándose en aquel momento, y mediando en la conversacion: lo sé muy bien, lo decian en el patio de la carcel antes de salir esta mañana.



—Mi madre! gritó Julio empezando á adivinar la verdad: mi madre!

—Si señor! y tan cierto es eso, como que ella ni siquiera se ha defendido ni ha negado el hecho, ha callado, se ha conformado con la sentencia: ya ve V. que...

—Dios mio, ¿pero esto es verdad? exclamó Julio con los ojos desencajados y volviendo á caer de rodillas junto á su madre ¿y ha sido á ella... á ella á quien acusan! y no han pensado en que hay otro á quien debían castigar?

—Castigar á otro? pues si su esposo...

—¡Oh! calle V., por piedad, murmuró Mercedes aterrada, saliendo de su estupor y estendiendo las manos como queriendo detener las palabras en los labios de aquel hombre.

—Su esposo! que...? preguntó Julio, cojiendo con poderosa fuerza un brazo del soldado que tan enterado se mostraba de aquellos sucesos que le interesaban á él solo. Su esposo.... que? acaba V., acaba V. pronto!

El sargento procurando soltar su brazo de aquella presión terrible, y viendo el descompuesto rostro de Julio que le miraba con aire amenazador, no se atrevió á evadir la pregunta por un momento, y sin reparar en las súplicas de Mercedes,

—Toma, dijo, murió al otro día de ser acusado como cómplice de esta muger: ya vé V. que....

Julio se oprimió las sienes con violencia: sus cabellos se erizaron sobre ellas, y en su rostro descompuesto se dejó ver la horrorosa tempestad que se desencadenaba en su alma.

Sus ojos querían salirse de sus órbitas, sus labios temblaron convulsivamente: aquellas impresiones terribles y dolorosas habían conmovido poderosamente su ser y desgarrado enteramente su corazón.

Federico también se sentía trastornado ante aquel cuadro desgarrador.

—Vamos, dijo dirigiéndose á su amigo, y queriendo poner fin á aquella escena, vamos Julio valor! todo puede arreglarse aun: ven conmigo y.

Julio le cojió por la mano, y obligándole á llegar hasta Mercedes.

—Mira, le dijo con acento delirante, mira nuestra obra! mira los efectos de mis crímenes, de mis extravíos, extravíos y crímenes á que tú también me has impulsado.

Ese dinero, ese robo por el cual la acusan, lo cometí yo. ¡Yo solo!

—Qué dices? murmuró Federico alarmado.

—Oh calla! exclamó Mercedes con dolor.

—No! no callare; no callaré gritó el infeliz con mas fuerza, no callaré...

—Tén piedad de mi pena! ten piedad de tí

mismo! repetía la pobre madre que hubiera dado su vida porque nadie escuchase las palabras de su hijo.

—Piedad! repetía este con voces desentonadas. No la hay para mí! no la hay para el hijo que sacrifica en aras del vicio el honor de su madre! no la hay para el hijo que es el asesino de su padre! porque yo he sido.... yo, la causa de su muerte.

—Calla! oh! no lo crean ustedes, él no sabía nada, él no estaba en Madrid cuando....

Y dirigiéndose á su hijo con rapidéz.

—Calla, hijo mio, añadió: no ves que así vas á hacer inútiles tantas horas de dolor, tanta vergüenza, tantas lagrimas! calla, yo tengo valor... yo te perdono.... pero que nadie sepa.... que no te acusen á tí por Dios!

Julio no podía resistir tantas emociones. Las frases de Mercedes acababan de volverle loco, porque comprendía todo el inmenso amor, toda la sublime abnegación, toda la grandeza del corazón de su madre.

Horrorizado de sus errores, avergonzado de sí mismo, arrepentido de su pasado y viendo sus consecuencias, sentía que sus ideas se confundían, que vacilaba su razón, que su juicio se estraviaba, y queriendo borrar en un segundo todo el mal de su vida pasada.

—¡Que me oigan todos, gritó con la voz y el ademán de un demente, que me oigan todos, para que se haga justicia al inocente, y se castigue al culpado! ¡Yo soy el ladrón, yo el criminal: yo, abusando de la soledad y la sombra, entré en mi propio hogar, robé á mi propia madre, y arrojé el fruto de aquel robo al abismo del vicio!

¡Ese depósito de que hablan, ese depósito que mis padres guardaban intacto mientras temblaban de frío, y desfallecían de hambre, yo lo jugué y lo perdí en una noche de locura, en algunas horas de extravío, y si alguien duda de mis palabras yo buscaré cien testigos que puedan acreditar este hecho!

—Hijo! hijo! gritó Mercedes con angustia, hijo! que haces?

Julio escitado por la situación del momento, se postró de rodillas ante su madre, besó sus manos, besó la tierra en que apoyaba sus pies, le pidió mil veces perdón, y al fin vencido por el exceso del pesar, agotadas sus fuerzas, destrozadas las fibras de su alma, perdió el conocimiento y cual roble herido por la tempestad, cayó al suelo presa de una convulsión espantosa.

Ay! que si aquel desgraciado había sido culpable, su castigo era en verdad espantoso.

Condujeron á la madre y al hijo al interior de la venta, y les prodigaron los pocos socorros que allí se pudieron encontrar.



El estado de la pobre Mercedes era doloroso y amargo, pero el de Julio era alarmante y aterrador á la verdad.

Cuando cesó la lluvia, cuando las nuves como un manto de gaza roto en jirones, fueron dejando ver el azul de los cielos, la tropa quiso ponerse otra vez en marcha y seguir el camino que se les habia marcado.

Sin embargo, la debilidad y el dolor de Mercedes, por quien todos habian empezado á interesarse, las declaraciones de Julio, que debian hacer variar las fases de su causa, todas aquellas circunstancias tan imprevistas como dolorosas, pusieron en grave incertidumbre al jefe de la escasa tropa que les custodiaba, y despues de meditar mucho, y de buscar en su imaginacion un medio que lo conciliase todo, decidió dejar á Julio y su madre en aquella pobre morada, acompañados de dos soldados, los cuales les volverian á llevar á Madrid, cuando su estado lo permitiera, y seguir él adelante con los demás presos, hasta dejarlos en el punto que les estaba designado.

Así se hizo en efecto, y Federico por un sentimiento de compasion, tan nuevo como extraño en él, tambien se quedó en la venta con el deseo de ser útil á su amigo.

Más ¡ay! que todos los consuelos y todas las esperanzas estaban de más para Julio,

La justicia divina iba á hacer ineficaces los fallos de la justicia humana, dándole un castigo distinto en verdad al que los hombres le preparaban.

Cuando el infeliz volvió en sí, su rostro habia perdido la expresion dolorosa del sentimiento, sus ojos no tenian lágrimas, sus labios no tenian jemidos, ¡el desgraciado estaba loco!

No fué, pues, á una cárcel donde le condujeron á su vuelta á Madrid, fué ¡ay! á una casa de dementes!

¡Quién sabe si esta espiacion era más suave, este castigo menos penoso!

A lo menos á él le libraba del dolor y á los suyos de la vergüenza.

Las emociones rápidas y distintas que sufrió tan inesperadamente y en tan poco tiempo, produjeron aquella terrible enfermedad, ante la cual casi siempre la ciencia es ineficaz, y que suelen seguir á esas grandes crisis de la vida en que el dolor ó el espanto superan á las fuerzas del hombre.

Ay! ¡aquel trastorno espantoso probaba que Julio, aún que viciado y corrompido por las malas compañías y por los amigos pervertidos, todavia tenia corazon, todavia guardaba en el fondo de su alma los recuerdos de su hogar, el amor de la

familia; el amor á sus padres: á aquellos padres que le consideraban como el apoyo de su vejez, y á cuyas esperanzas tan mal habia correspondido.

Ay! de los hijos que enloquecidos por el mal, dominados por sus pasiones desoyen la voz de los autores de sus dias: desconocen la autoridad y olvidan los consejos de los que le dieron el ser!

El castigo no se hará esperar, por que la justicia divina es inexorable para los hijos ingratos.

Habian pasado algunas semanas.

La verdad se esclareció por completo.

Mercedes que habia sido objeto de desprecio y odio, lo fué ya de admiracion y simpatia para cuantos hallaba á su alrededor, y puesta en libertad y rehabilitada en su buen nombre.

Marta llena de afan, acusándose interiormente de haber sido, aun que involuntariamente, causa de aquellas desgracias, la condujo al lado de Luisa y la dió una habitacion á su lado.

Aquella familia, aun que no rica, tenia un gran caudal en el corazon. ¡El caudal inmenso de la caridad, de la compasion, de la grandeza del alma!

Enrique habia concluido por confesar á su madre que amaba á Luisa, y que aquel amor casto como un rayo de luna, é inestinguible como la inocencia de la que le inspiraba, formaba su dicha y constituia su porvenir.

Ya sabemos que Esteban y Marta se habian acostumbrado á mirar á la jóven como á una hija, y que con el prestigio de su juventud, de su hermosura y su desgracia se habia hecho dueña de sus corazones.

Ademas, ellos no querian para su hijo una esposa rica ni noble: la deseaban solo buena y virtuosa.

¿Qué habia de suceder pues?

Mercedes escuchó llena de gozo y admiracion la solicitud de matrimonio que formularon sus protectores, pues vió con ella asegurado el porvenir de aquella niña adorada, y respondió con lágrimas de gratitud, á aquella propuesta que la hacia dichosa.

Luisa tambien se arrojó en brazos de su madre llorando de alegría, y bendiciendo á Dios porque ya con razon y para siempre podia dar á Marta el dulce título de madre.

La boda pues se efectuó sin pompa, sin ostentacion. Solo Dios pudo ver el sentimiento de



aquellos nobles corazones que elevaban á sus piés una plegaria de accion de gracias.

Juan Manuel, por medio de la influencia de Esteban, obtuvo su licencia absoluta, pero no quiso separarse del lado de sus señores, que le amaban como á un hijo bueno y honrado.

La causa que debía seguirse contra Julio, hubo de terminarse porque su demencia le libraba de todo castigo.

Mercedes no se separó de su hija ni de su nueva familia, en cuyo seno era querida y respetada, puesto que Marta la consagraba todo el afecto de la mas tierna hermana, y el coronel toda la consideracion que se debe á la virtud y la desgracia.

Sin embargo, la infeliz sufría, sufría en silencio, aunque resignada y conforme.

Todas las tardes, acompañada de Juan Manuel ó de Marta se dirigía á la casa de dementes donde su hijo se albergaba.

Pasaba con él algunas horas, le llevaba siempre esos mil regalos que forman la delicia de los pobres locos, y siempre volvía á su casa con el corazon partido de dolor.

¡El infeliz no la conocía!

Su locura era inofensiva pero dolorosa.

Siempre creía estar viendo á su padre que moría maldiciéndole, á su madre que era llevada al suplicio por un robo. El desgraciado suplicaba constantemente á todo el que veía, lloraba, imploraba perdon, y así pasaba un dia, y luego otro, y luego todos!

Y se negaba á tomar alimentos y permanecía dias enteros de rodillas.... hasta que uno.... le dijeron á la pobre Mercedes que no podia pasar... ella insistió, pero fué inútil: ya no debía verle en la tierra!

El desventurado habia muerto!

La pobre madre lloró su desgracia, lloró su suerte: todos procuraban consolarle, pero era inútil.

Sus últimos años estuvieron amargados por aquel recuerdo.

¡Infeliz el hijo que por un momento de extravio apoya el pié en la rápida y resbaladiza pendiente del vicio, porque si no retrocede á tiempo, caerá en el fondo del abismo arrastrando consigo á cuantos le han amado en el mundo.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

FIN.

## SECCION DOCTRINAL.

### LA SENDA DEL CIELO.

Matilde quedó con sus hijos en un estado difícil de pintar.

Sin recursos, por que ella que tanto habia pensado en adornarse siempre no pensó jamás en guardar nada de lo que su pobre esposo adquirió con tanto afán.

Sin honra, pues la perdió en aquella dolorosa catástrofe: sin consideracion ni amigos que la favoreciesen, porque todos la rechazaban, acusándola de haber hecho la desgracia de un hombre honrado; todos le achacaban la muerte de Octavio; todos la acusaban de haber dejado á sus hijos diez años sin padre, escribiendo á la par en sus puras frentes dos marcas infamantes.

Pobre, despreciada, sin consuelo, pasó su vida en una série de continuas amarguras y todo por un impulso de su vanidad, por su coquetismo, por su imprudencia, por su afán de que la llamen hermosa, satisfaciendo su amor propio!

—¡Que lastima! dijo Julieta con pesar. Y sus pobrecitos niños ¡que lastima tambien!

—¡Oh! Julieta mia, ellos sufrieron el castigo que merecía su madre, por que las culpas de los padres caen sobre los hijos.

—Y el buen Javier ¡cuanto sufriría! Debe ser espantoso vivir en un presidio! Esclamó Adolfo con angustia.

—Sí, muy triste, hijo mio; y sobre todo para una persona digna y cuya educacion esta en completa oposicion con los seres que allí se encierran. El infeliz esposo de Matilde sufrió muy poco tiempo aquella humillacion y aquel dolor, porque murió en breve, preso de una melancolía que nada pudo disipar. En un principio, y merced á cuantiosos sacrificios, tuvo una habitacion particular, y lejos del contacto con los criminales allí encerrados: despues los recursos se agotaron y tuvo que ir á la sala comun, y aceptar el repugnante alimento de los presidiarios!

—¿Y supo al fin que su esposa era inocente? preguntó Rosa con timidez.

—No pudo saberlo, porque se negó siempre á verla y recibirla. Además, hija mia, yo no la califico de inocente, si no de culpada en estremo. ¡Oh! yo creo tan digna de vituperio á la casada coqueta, como á la casada que falta á sus deberes, porque las dos, la una por amor propio, la otra por vicio, manchan su dignidad, olvidan su mision, y pueden atraer sobre la familia que Dios les confió las desgracias que se desplomaron sobre el hogar de Matilde. No olvideis esta leccion, hijas mias, y el dia en que un hombre os conduzca al altar, pensad, antes de pronunciar el juramento que os ligue á él, que estais obligadas á consagrarle no solo vuestro corazon y vuestras acciones, si no vuestro pensamiento, vuestras ideas, vuestra vida entera, sin que halla en ella un solo paso, ni en vuestra alma un solo pliegue que tengais que ocultar á sus ojos. Este será el modo de hacerle dichoso y de serlo á vuestra vez, conservando el mas inapreciable tesoro que puede tener la criatura. La paz del espíritu, la serenidad de la conciencia.

Ahora, hijos mios, retirémonos, es tarde yá, y maña-



na volved á mi lado para que os hable del último de los mandamientos de la ley de Dios, que es el postrer asunto de que nos queda que tratar.

—¡Oh! ya estais aquí todos: dijo la Marquesa de la Fé, apareciendo á la entrada de la galería, y fijando en sus amigos una mirada tan dulce como bondadosa. Ya estais aquí todos, lo que me prueba que deseais oír la postrera de mis lecciones, reducida al último de los mandamientos. Bien, hijos míos, yo os he hecho esperar hoy algunos momentos, porque antes de subir he tenido que conversar con nuestro anciano parroco, de algunos asuntos de interes. Esta tarde terminamos nuestras reuniones, amigos míos, y quiero probaros que las leyes divinas son tan necesarias de practicar por el que las demuestra, como por el que las aprende, y que las máximas del evangelio se enseñan con el ejemplo mejor que con la palabra.

Dentro de poco, estará entre nosotros el anciano sacerdote á quien debemos considerar como padre de nuestras almas, y él os dará algunos recuerdos de estas reuniones, al par que algunas agradables noticias.

La Marquesa hizo una pausa, y Rosa inclinó su bella frente. Tal vez con este movimiento quiso ocultar el rubor que tenía de grana su rostro.

—Pero es verdad que esta tarde es la última que te vemos aquí con nosotros abuelita? preguntó Julieta entre triste y enojada. ¡Oh! eso no debe ser. Aun te quedan muchas cosas que enseñarnos, y no puedes dejar la tarea que te has impuesto.

—Y ¿quien me asegura que no he abusado ya demasiado de los que me conceden su atencion? ¿quien me asegura que no se fastidian escuchándome?

—¡Oh! no creas tal, abuelita, no creas tal, ademas no dijiste que cumplias un deber al explicarnos los preceptos del decalogo?

—Sí: así lo creo, hija mia

—Pues bien, yo añado que además de esto, practicas una de las mas hermosas obras de misericordia, y que debes continuar hablándonos aun muchas tardes.

Y la graciosa niña, á quien si hemos de ser esactos, seducian mas que las lecciones doctrinales, las anécdotas y pequeñas historias que la Marquesa mezclaba á ellas, selló con un amoroso veso su petición, la cual apoyaron todos los circunstantes allí reunidos.

La anciana permaneció silenciosa algunos instantes, y dijo despues:

—Bien, bien: ya hablaremos de eso. Tal vez mas adelante me decida á tratar en otras reuniones de la importancia de los Sacramentos y de algunos otros puntos religiosos que os convendría saber. Por ahora daré fin á mi tarea, diciéndoos aunque brevemente lo poco que os queda que saber.

Todos se dispusieron á oír y la noble anciana exclamó.

—El décimo mandamiento, es solo una especie de adiccion ó ampliacion del sétimo, pues si en aquel se nos prohibe el hurto, que es apoderarnos en secreto y ocultándonos en la sombra, de los bienes ajenos, el robo, que es hacernos dueños por la fuerza y á mano armada de esos mismos bienes, y el fraude, que es adquirir los con el engaño y con la estafa, en este se nos veda codiciar esos mismos bienes que no nos pertenecen, y sobre los que otros tienen una legítima propiedad.

El sétimo, amigos míos, ampliado en todas sus partes, pone nuestra hacienda y nuestra propiedad, á cubierto de todo atentado, y de toda agresion estraña: el décimo nos defiende contra nosotros mismos, librándonos de las

ambiciones exajeradas, de la codicia, de la envidia, de esas mil enfermedades del espíritu, que si no son una culpa mortal, nos predisponen terriblemente para ella.

La ley divina, soberanamente superior á las leyes humanas, previene el delito y trata de evitarlo, buscando su origen en las ocultas profundidades del espíritu y tratando de extinguirlo de allí, mientras la justicia de los hombres se limita á castigar la culpa despues de cometida y sin poder, ni ser dueña de prevenirla.

Continuará,

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## CORRESPONDENCIA.

*Córdoba.* Sra. Doña J. M., es cierto que su señora hermana me ha escrito reclamando algunos números, y avisando una nueva suscripcion, pero ni en una ni otra cosa ha podido servirse, pues en su carta no ponía punto de residencia, y este olvido nos ha impedido contestarle, así como á otras muchas cartas que tenemos en nuestro poder, pues entre la infinidad de suscritores de la revista, no es imposible saber quien nos escribe, por el nombre solo.

*Salamanca.* Sra. Doña T. G., son en nuestro poder los 34 rs. que se ha servido remitirnos.

*Santiago.* Sr. D. A. R., puede pedir y le serán remitidos á vuelta de correo los números que le falten, recibidos los 40 rs.

*Sevilla.* Sr. D. M. R., quedan anotados los 17 rs. que envia, por los números que pide nada interesamos.

*Sevilla.* Sra. Doña J. de C., recibimos los 10 rs. y podemos asegurarle que haremos cuantos esfuerzos nos sean posibles para la continuacion del periódico; le damos las gracias por el interes que se toma por nuestra humilde revista.

*Villanueva.* Sr. D. S. R., en nuestro poder los 20 rs. y con ellos deja abonado hasta febrero del 79. Hecha la suscripcion de Nombrevilla.

*Icod Canarias.* Sr. D. B. D., recibí los 12 rs. y con ellos queda abonado hasta fin de Octubre del 79.

*Escorialuela.* Sra. Doña M. C. P., anotados los 32 rs. que remite, quedando hecho el pago hasta Octubre del presente.

*Griegas.* Sr. D. J. A. R., hasta fin de Abril próximo debe 12 rs.

*Murcia.* Sra. Doña E. G., doy á V. mil gracias por su interés, le mando las obras y quedan anotadas las 45 pesetas.

*Murcia.* Sra. Doña I. de M., recibidas la 10 pesetas que envia.

*Mijas.* Sr. D. M. A. en nuestro poder los 36 rs.

*La Junta.* Sra. Doña B. M., los 20 rs. que envia quedan anotados á su nombre.

*Villafranca.* Sra. Doña A. O., recibidos los 60 rs. tomo parte en sus disgustos.

*Torre del Obispo.* Sra. Doña V. L. P., con los 24 rs. que remite deja abonado hasta fin de Octubre del 78.

*Alburquerque.* Sra. Doña P., recibidas las 8 pesetas.

*Archena.* Sra. Doña N. L. en nuestro poder los 8 rs.

*Almería.* Sr. D. M. B. se recibió la letra que indica.

*Suflá.* Sra. Doña E. L., se le han remitido los números que indicaba y quedan abonados los 4 rs.

*Alburquerque.* Sra. Doña J. P., recibidas las siete pesetas, deja abonado fin de Junio del 80.

*Antequera.* Sra. Doña C. R., remitidos los números que desea.

*Avila.* Sra. Doña J. G. de S. recibidas las 4 pesetas y deja pagado con ellas hasta fin de Junio del 80.

*Arucas.* Sra. Doña F. G. B., recibí 72 rs. y remití á V. dos colecciones del 76 y dos del 77, pues no nos queda ninguna del 75; en Fircas no tenemos mas suscritoras que Doña I. F., le sobran 24 rs., los cuales V. dirá como se han de notar.

La Directora.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.